



Bory de Saint-Vincent o la pasión por la naturaleza

Berta Pico, Clara Curell, Cristina G. de Uriarte y José M. Oliver

Bory de Saint-Vincent es bien conocido en Canarias como el autor de los *Essais sur les Isles Fortunées et l'antique Atlantide ou Précis de l'Histoire générale de l'Archipel des Canaries* (1803) –las “primicias de su pluma”–, como también lo es en la isla de La Reunión por los diecisiete capítulos que le consagra en su *Voyage dans les quatre principales îles des mers d'Afrique* (1804), cuando, con veinte años, el autor formó parte de la gran expedición de Baudin a tierras australes. A estas dos obras de juventud siguieron numerosos trabajos científicos, de cartografía o de diversas ramas de la historia natural (geología y vulcanología, antropología, animales microscópicos, reptiles, algas, criptógamas, etc.). Si bien no fue un naturalista de primer orden, Bory fue director de uno de los diccionarios de historia natural más importantes del momento, director de la sección científica de la gran expedición a Morea, y contribuyó notablemente al desarrollo y vulgarización de las ciencias naturales. Sus colegas botánicos bautizaron en su honor distintas especies de plantas, quizás la más conocida el *Hibiscus boryanus*, así como varios helechos, gramíneas, orquídeas, musgos, y entre la flora ficológica no es raro encontrar el género *boryana* en algunas especies de algas. Además de los trabajos científicos, Bory también fue autor de obras literarias menores, y se conservan centenares de cartas de su intensa correspondencia con diversos contemporáneos, entre ellos Webb.

Con todo, sorprendentemente, el nombre de Bory de Saint-Vincent permaneció en el olvido para los redactores de obras generales de consulta y no tuvo entrada entre los personajes de la *Encyclopedia Universalis*, o del *Petit Larousse* de nombres propios, y las escasas líneas que le dedica el *Petit Robert* de nombres propios contienen errores biográficos. Ese olvido puede deberse en



buena medida a la gran importancia de otros naturalistas contemporáneos suyos, de la talla de Lamarck, Cuvier o Saint-Hilaire, pero llama la atención que incluso en el resumen del proyecto de una tesis doctoral que se defendería en 2006 en la Sorbona, consagrada enteramente a él, se le mencione como un “naturalista de segundo orden, hoy completamente olvidado” (sin embargo, el autor de la tesis descubriría la abundante bibliografía de y sobre Bory, y su entusiasmo por el personaje le ha llevado a crear recientemente un “blog” en internet dedicado a él). Ciertamente, la personalidad de Bory de Saint-Vincent no deja indiferente a quien investigue sobre él y tenga acceso a la escritura en primera persona de su correspondencia, de manera que pronto la curiosidad puede dejar paso a la fascinación, ya que, como reza el título de una obra sobre su vida, tuvo un “destino fuera de serie” y, como señaló el que fuera secretario perpetuo de la Academia de Ciencias, el eminente vulcanólogo Alfred Lacroix, “para juzgar ecuanímente su obra, no hay que disecarla al margen de la historia de su vida, y esa vida fue terriblemente atormentada”.

Bory de Saint-Vincent nació en Agen el 6 de julio de 1778, hijo de Géraud de Bory y de Magdeleine de Journu (su largo nombre completo, Jean-Baptiste-Geneviève-Marcelin Bory de Saint-Vincent, recoge el de su madrina Geneviève d’Aubert de Journu y el de su padrino Jean-Baptiste Bory de Saint-Vincent). Su familia paterna desempeñó un papel importante en la ciudad de Agen, en la magistratura, el ejército y la función municipal, y su familia materna, establecida en Burdeos, participó en el comercio de ultramar. Al producirse la Revolución, sus padres se refugiaron en Burdeos y desde entonces la educación de Bory estuvo a cargo de su tío materno Bernard Journu-Auber, rico y culto armador apasionado por la historia natural, que poseía una importante colección de plantas, minerales y animales de distintos lugares del mundo que le iban proporcionando los capitanes de barco. El ambiente ilustrado, las aficiones de su tío y el contacto frecuente con Lacépède, discípulo del conde de Buffon y amigo de la familia, orientarían a Bory hacia la lectura de obras científicas como *Systema Naturae* de Linneo, *Genera Plantarum* de Jussieu, o los trabajos del gran naturalista Buffon, y pronto, junto a sus estudios de medicina, desarrolló la afición por la historia natural y la geografía. Encarcelados su tío y su padre durante el Terror, se refugió en las Landas (1793-1794), en donde estudiaba los insectos y comenzaba un



herbario, y a los 18 años ya envió a la Academia de Burdeos dos trabajos, uno en el que confrontaba sus observaciones sobre los géneros *Conferva* y *Byssus* con las de Linneo y otro sobre la explotación de las Landas. Gracias a la influencia de Lacépède, Bory, que había entrado en el ejército tras morir su padre y se encontraba destacado en Bretaña en el fuerte de Belle-Île-en-Mer, fue nombrado botánico para participar en el gran viaje científico impulsado por Bonaparte con destino al continente austral. La expedición salió de El Havre el 19 de octubre de 1800, integrada por la corbeta *Le Géographe*, al mando de Nicolas Baudin, y la gabarra *Le Naturaliste*,



Bory de Saint-Vincent por Lasalle.

cuyo mando fue confiado a Emmanuel Hamelin; al puro estilo bonapartista, en los barcos viajaban casi doscientos hombres, con un estado mayor de oficiales de élite y un equipo de 24 científicos, entre ellos Bory de Saint-Vincent, recién casado.

La primera escala tuvo lugar en Tenerife del 1 al 13 de noviembre. Los deseos de Bory de visitar el Teide se ven frustrados por Baudin, de lo que se lamenta con amargura:

Cuando un viajero ha permanecido durante once días en Tenerife tiene que echarse a temblar al confesar que no ha visitado lo más importante de la isla [...] para mí los últimos días de la escala estuvieron prácticamente perdidos. No pude permitirme hacer excursiones hacia el interior ni alejarme del barco: continuamente nos decían que partíamos; siempre íbamos a izar velas después de comer o a la mañana siguiente, o no había botes, o etc. etc. Por otra parte, el comandante dio a entender que consideraba inútil lo que se pudiera hacer por la ciencia en una tierra que, según él, era perfectamente conocida.



El ambiente a bordo se fue haciendo cada vez más conflictivo y hostil hacia Baudin que, al ir costeando África, tardó cuatro meses en llegar a Isla Mauricio (entonces Île de France) el 15 de marzo de 1801. Esa navegación agotadora, el autoritarismo de Baudin y los problemas de salud, fueron la causa de que unos cuarenta hombres se negaran a proseguir el viaje: Bory y otros dos botánicos, un astrónomo, un zoólogo, tres pintores..., lo que probablemente les resultó providencial, ya que de esa expedición sólo regresaron a Francia seis científicos, y dos de ellos murieron muy poco después.

Las palabras que dedicó Bory a Nicolas Baudin en una carta al naturalista Bosc son bien elocuentes sobre la mala imagen que tenía del marino:

Su *Bodin* es un miserable, un verdadero intrigante, que ha engañado a todo el mundo y al Gobierno; y, aparte de eso, es de una ignorancia vergonzosa, y pretende, creyendo así protegerse, usurpar los frutos de los trabajos ajenos; afortunadamente, una afección de pecho, que probablemente me causará la muerte, me ha retenido aquí y ha empeorado por los esfuerzos que hice; pero si tengo el consuelo de desenmascarar la inmoralidad y de que mis observaciones sean útiles me daré por satisfecho.

En otra carta a Saint-Amans explicaba que, al no haber podido soportar el mar ni la deleznable comida salada con la que había sido alimentado durante varios meses, llegó en tan mal estado a Île de France que tuvo que ingresar en el hospital, en donde estuvo durante dos meses y, cuando pudo salir, la botánica fue su salvación:

Entonces fue cuando la botánica, la querida botánica, me curó; sí, mi querido señor, ya tenía mucho cariño por esta ciencia, pero ahora me ocuparé de ella por gratitud [...] Salí de la ciudad pálido, lívido y débil, pero apenas me encontré en los campos nuevos, a la sombra de árboles desconocidos, me sentí renacer [...] empiezo a ir a las montañas, que me ofrecen toda clase de riquezas.

En cuanto estuvo totalmente restablecido, viajó a la isla de La Reunión (por entonces Bourbon), sintiendo que estaba obligado a llevar a cabo la misión de naturalista que se le había encomendado, y allí permaneció unos cuatro meses.



El balance de la escala en Tenerife y de la estancia en las dos islas del Índico no pudo ser más fructífero: pese a la breve estancia en la isla canaria, el joven Bory había realizado observaciones y dibujos que le servirían de base para llevar a cabo su primer libro, *Essais sur les Isles Fortunées et l'antique Atlantide*, cuyo plan estaba prácticamente terminado a finales de 1802, y que sería publicado en 1803, dedicado así a su tío, el "ciudadano Journu-Auber, Senador": "Estas son las primicias de mi pluma; te ofrezco este modesto homenaje de mi cariño: no puedo probarlo de otra forma a quien me educó con sus hijos, y al que siempre respeté como un padre".

Es sabido que en este estudio sobre el Archipiélago Bory aborda aspectos referidos al pueblo guanche, a la conquista de las Islas, a su historia natural (especialmente flora, geología, mineralogía), a la geografía, la etnografía y la mitología. Además de apoyarse en sus observaciones personales, lo hace en distintos escritos precedentes, entre ellos la *Historia de Canarias* de Viera y Clavijo; el texto va acompañado por ilustraciones y mapas obra del propio Bory, entre ellos un mapa hipotético de la Atlántida, ya que identifica las Canarias con las Hespérides y las islas Afortunadas, y para él es indudable que el Teide es el verdadero monte Atlas de la antigüedad. Su verdadera aportación original es el catálogo de 467 especies de plantas canarias.

Mayor repercusión y mucho más interés científico tuvo la publicación al año siguiente, 1804, del *Voyage dans les quatre principales îles des mers d'Afrique*, producto de su estancia en las Islas Mauricio y La Reunión. Con un bagaje puramente teórico sobre volcanes, en La Reunión tiene la oportunidad de aproxi-



Dibujo del mocán por Bory de Saint-Vincent.



marse a la vulcanología activa, al asistir a dos erupciones del Piton de la Fournaise y poder confrontar sus observaciones con las opiniones de los enciclopedistas y de los geólogos de su tiempo –en el que se enfrentan “neptunistas” y “plutonistas”–, y los capítulos sobre esa isla constituyen el primer estudio, completo y preciso, de su naturaleza. La obra fue un verdadero éxito para Bory, le valió la estima de Bonaparte y su nombramiento como miembro correspondiente de la Academia de Ciencias en el *Institut*. A finales del siglo aún se pueden leer comentarios como el del botánico, especialista en la flora de La Reunión, Eugène Jacob de Cordemoy:

Esta obra denota en ese naturalista de 22 años una perspicacia y una precisión de juicio poco comunes. Sus observaciones sobre la formación de la isla y los caracteres de su flora son verdaderamente notables. Este libro debe ser leído por toda persona que se ocupe de la historia natural de las Mascareñas.

Sin embargo, la fama de Bory inmediatamente después de la publicación del *Voyage...* despierta los celos de otros naturalistas a los que estimaba, sobre todo del botánico miembro del *Institut* Dupetit-Thouars, lo que le provoca una profunda crisis, como se refleja en una carta a Léon Dufour:

Las ciencias no dulcifican la conducta, tal como dicen. En ninguna parte veo tantos celos, odio y duplicidad como entre los que se dedican a ellas [...] renunció a una carrera en la que no podría luchar con esos medios. Estudiaré para mí, para mi consuelo y para adquirir los medios de educar bien a mis hijas. Pero ya no imprimiré nada más. Que se me cierren para siempre las puertas del *Institut* [...] Seguiré otra carrera; me quedaré como soldado y seré buen soldado; apreciado por mis jefes, estoy casi seguro de triunfar y de poder burlarme entonces de las pretensiones, los odios y los celos de esos hombres que no recogen los estambres de las plantas para obtener miel como las abejas, sino para destilar hiel.

Si bien en la correspondencia de ese año 1805 sigue haciendo proyectos y declara: “si no puedo atravesar a pie la América meridional, Asia y África, soy hombre muerto” [a Dufour, 19-05-1805], lo cierto es que se reintegra en el ejército y de 1805 a 1814 participa en todas las campañas bélicas de Napoleón en



Austerlitz, Prusia, Polonia o España, junto a Davout, Ney y, sobre todo, al lado del mariscal Soult, jefe del Estado Mayor de Napoleón. Su carrera militar progresa: en 1805 es capitán de Dragones, en 1811 jefe de escuadrón, caballero de la legión de honor y teniente coronel; cuando se produce la Restauración, Luis XVIII confía el ministerio de la guerra al mariscal Soult, que llama junto a él a Bory, lo nombra coronel y le otorga la jefatura del depósito de mapas y archivos de su ministerio.

Durante esos años el naturalista seguía viviendo dentro del militar, y en todos los lugares continuaba con las observaciones sobre las riquezas de la historia natural. Incluso llegó a decirle al botánico alemán Wildenow –que lo acogía en Berlín con los brazos abiertos a pesar de ser un oficial enemigo, y que no concebía que se dedicase a la milicia– que lo único que pretendía era ascender para poder, gracias a su rango, conseguir ser jefe de una buena expedición para ir a buscar plantas a Nueva Holanda o a Perú, y en Varsovia dice que podría exclamar “Oh, Linneo, Linneo, ¿qué estoy haciendo aquí?”, pero, aun así, ese periodo es especialmente fecundo en lo que concierne a la cartografía. Bory ya se había mostrado como un excelente cartógrafo con sus mapas de Canarias, La Reunión o Santa Elena, y continuó ejercitándose con otros levantamientos de mapas, como los de Suavia o Franconia durante su estancia en Alemania y Austria. La permanencia en la Península Ibérica de 1808 a 1814 merece una mención especial, pues hoy se reconoce que en su trabajo es muy innovador, y es el primero que intenta sistematizar la organización orográfica peninsular de forma moderna, pues a la topografía añade una interpretación geomofológica y un lenguaje cartográfico novedoso; una serie de mapas incluidos, entre otras obras, en “*Itinéraire de Don Quichotte de La Mancha*”, *Guide du voyageur en Espagne* y *Résumé géographique de la Péninsule Ibérique* atestiguan su originalidad.

Los “Cien Días” de Napoleón a su regreso de Elba (del 20 de marzo al 28 de junio de 1815) cambiaron la vida de Bory debido a su adhesión al emperador, en quien veía, más que el autócrata, el continuador de la Revolución y el restaurador de las libertades públicas. Participó entonces en política como liberal y fue elegido diputado por Agen, destacándose en la Cámara de representantes por su patriotismo y por insistir en la urgencia de elaborar una Constitución, “único



contrato obligatorio entre la nación y el príncipe, y freno saludable a todo abuso de autoridad". Tras la caída del emperador en Waterloo y la definitiva restauración de Luis XVIII, Bory no pudo evitar que su nombre figurara entre la lista de 38 condenados a cinco años de exilio en julio de ese año: de nada le sirvió dirigirse al prefecto Decazes, antiguo compañero suyo en Burdeos, exponiéndole que siempre había sido un amante apasionado de la libertad, pero que después de los acontecimientos renunciaba para siempre a participar en política, como tampoco la publicación entonces de una extensa *Justification* de su conducta y opiniones. Terminada la política, le quedaba la ciencia, que seguiría siendo el mayor consuelo durante el resto de su vida. Buena muestra de su pasión científica es que, cuando huía de Fouché bajo falsa identidad por Holanda, en los primeros días de su exilio se refugió en las cavernas inextricables de San Pedro cerca de Maastricht, y el resultado de esa "excursión" de dos días fue un estudio geológico y topográfico con varios dibujos del interior del lugar, que le servirían para la publicación del *Voyage souterrain*.

Durante el destierro en compañía de la actriz María Gros (con la que estaría hasta 1823 y de la que tendría dos hijas), gracias al apoyo de Humboldt, Bory fue acogido por el rey de Prusia a finales de 1816, residiendo en Berlín y en Aquisgrán, en donde realizó el plano de la ciudad y se consagró solo a la historia natural. Perseguido de nuevo, intentó en vano conseguir un pasaporte para América, y se refugió en Bélgica, primero escondido y sin ocultarse desde 1819 en Bruselas. Nuevamente la botánica es su refugio y su único recurso, pues, junto con los científicos belgas Pierre-Auguste-Joseph Drapier y Jean-Baptiste Van Mons, funda los *Annales générales des sciences physiques*, y en poco tiempo publica ocho volúmenes.

La amnistía votada por las Cámaras para los 38 exiliados que, al igual que Bory, rechazaban cualquier medida de clemencia y exigían justicia, le permitió el regreso a Francia y el 1 de enero de 1820 Bory se instaló nuevamente en París. A su regreso comienza un periodo de extraordinaria fecundidad y, junto a los principales sabios de la época, fundó el gran *Dictionnaire classique d'histoire naturelle*, siendo el autor de cerca de la mitad de los artículos de los diez primeros volúmenes; también asistió regularmente a las sesiones del *Institut*, en donde leyó numerosas memorias de botánica. Pero, a pesar de sus éxitos de librería, el



Mapa hipotético de la Atlántida por Bory de Saint-Vincent.

impago de su sueldo del ejército, las deudas y las dificultades para afrontar los abusivos intereses de los usureros hacen que Bory sea encarcelado en 1825 en la prisión de Sainte-Pélagie durante tres años. Allí leía y redactaba, y de lo único que se lamentaba era de no poder herborizar; incluso ha sido recogida la anécdota de que, cuando le fue negado el permiso para ir a ver la primera jirafa que llegaba al *Jardin des Plantes*, cercano a la cárcel, sus amigos, conociendo su



pasión por todo lo relacionado con las regiones tropicales, hicieron subir al animal a una zona elevada de modo que Bory, provisto de prismáticos sobre el tejado de Sainte-Pélagie, pudiera verlo. A pesar de su rotunda negativa, su deuda fue saldada a escondidas por el prometido de una de sus hijas –que había anunciado que solo iría al altar acompañada de su padre–, y ese mismo año de 1828 el vizconde de Martignac, Ministro del Interior, con el acuerdo del *Institut*, le proporciona la inmensa alegría de nombrarlo director de la sección de historia natural de la misión de exploración científica que el gobierno de Carlos X preparaba con destino a Grecia. Allí se entrega, de febrero a noviembre de 1829, a una febril actividad “sin perder un instante, siempre por montes y valles, acampando o a cielo raso, y obteniendo más resultados de los esperados”, lleva perfectamente a cabo su misión y a su vuelta pone por escrito la experiencia en *Expédition scientifique en Morée*, que completó en 1832 con la *Relation du voyage de la Commission scientifique de Morée dans le Péloponèse, les Cyclades et l’Attique*.

La Monarquía de Julio lo reintegró a su grado de coronel de Estado Mayor y a su antiguo puesto en el *Dépôt* del Ministerio de la guerra, como jefe de ese servicio histórico del ejército. Recibió la Legión de Honor, y la publicación de los resultados de la expedición a Grecia le valió ser elegido, por fin, miembro de la Academia de Ciencias del *Institut*. Deseaba una misión lejos de París, que le permitiera viajar nuevamente, y se vio recompensado con la jefatura de una comisión científica para “estudiar y popularizar” la nueva colonia de Argelia, en donde residió de 1840 a 1842, y en donde se extasiaba ante la belleza del país y, según decía, se sentía rejuvenecer diez años. De esa estancia también surgirían varias publicaciones, con especial atención a la flora.

En fin, los cuatro últimos años de su vida transcurrieron en su piso parisino, en el que, enfermo del corazón, solía reunir a sus amigos y mostrarles sus tesoros botánicos, entre los que sentía verdadera pasión por el herbario, que le recordaba sus años jóvenes y activos. Falleció de un ataque al corazón el 26 de diciembre de 1846 en el curso de una animada conversación.

Terminaba así la densa trayectoria vital de un botánico enamorado del aire libre, del sol, de las regiones tropicales y de los tesoros inagotables de la naturaleza, notable cartógrafo que sólo trabajó sobre el terreno, militar bonapartista, político liberal, librepensador, viajero y trabajador infatigable.



Selección bibliográfica

BORY DE SAINT-VINCENT, J.-B. (1803). *Essais sur les Isles Fortunées et l'antique Atlantide ou Précis de l'Histoire générale de l'Archipel des Canaries*. París: Baudouin.

BORY DE SAINT-VINCENT, J.-B. (1804). *Voyage dans les quatre principales îles des mers d'Afrique fait par ordre du Gouvernement, pendant les années IX et X de la République (1801-1802), avec l'histoire de la traversée du capitain Baudein jusqu'au Port-Louis de l'île Maurice*. París: F. Buisson.

BORY DE SAINT-VINCENT, J.-B. (1822-1831). *Dictionnaire classique d'Histoire naturelle*. París: Rigoux.

BORY DE SAINT-VINCENT, J.-B. (1823). *Guide du voyageur en Espagne avec deux cartes coloriées*. París: Louis Janet.

BORY DE SAINT-VINCENT, J.-B. (1826). *Résumé géographique de la Péninsule Ibérique contenant les royaumes de Portugal et d'Espagne*. París: Dupont-Urbain Canel [La obra, con mapas, fue reimpressa en 1838 con el título de *Résumé de la géographie physique, historique et politique de la Péninsule Ibérique*].

BORY DE SAINT-VINCENT, J.-B. (1988). *Ensayos sobre las Islas Afortunadas y la antigua Atlántida o compendio de la Historia General del Archipiélago Canario*. Traducción de José A. Delgado Luis. La Orotava: Eds. J.A.D.L.

CASTAÑÓN ÁLVAREZ, J.C. & F. QUIRÓS LINARES (2004). "La contribución de Bory de Saint-Vincent (1778-1846) al reconocimiento geográfico de la Península Ibérica. Redescubrimiento de una obra cartográfica y orográfica olvidada". *Eria*, 64-65, 177-205.

FERRIÈRE, Hervé (2006). *Bory de Saint-Vincent (1778-1846). Naturaliste, voyageur et militaire, entre Révolution et Monarchie de Juillet* [tesis doctoral dirigida por Pietro Rossi, defendida en la Universidad Panthéon-Sorbonne].

ROLE, André (1973). *Un destin hors série: la vie aventureuse d'un savant, Bory de Saint-Vincent, 1778-1846*. París: La pensée universelle.